

idea me impedía sentir tan vivamente como lo hubiera hecho la presencia de los ejércitos extranjeros; pero no podía menos de reflexionar en las calamidades que habíamos hecho experimentar á la Europa, al ver á la Europa devolvérnoslas.

Entre tanto no cesaba de ocuparme de mi folleto, que preparaba como un remedio para cuando llegase á estallar el momento de la anarquía. No es así como escribimos hoy, sin mas guerra que temer que la de los folletines. Por la noche me encerraba bajo llave, y metiendo mis papelotes debajo de la almohada, dejaba dos pistolas cargadas sobre la mesa; así me acostaba entre estas dos musas. Había compuesto mi texto bajo la forma de folleto, que ha conservado, y á manera de discurso, diferente en ciertos puntos del folleto, pues suponía que al levantamiento de la Francia acudiría la multitud á reunirse en el Hotel de Ville, y me había preparado así sobre dos temas.

Mad. de Chateaubriand ha escrito algunas notas en diversas épocas de nuestra vida comun; entre estas notas encuentro el párrafo siguiente:

«Mr. Chateaubriand estaba escribiendo su folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Si se hubieran apoderado de este folleto, no era dudosa la sentencia: el cadalso. Sin embargo, el autor ponía una negligencia increíble en ocultarlo, y muchas veces, cuando salía, lo dejaba olvidado sobre su mesa; su prudencia no pasaba nunca de meterlo debajo de la almohada, lo cual hacía delante de su ayuda de cámara, mozo muy honrado, pero que podía dejarse tentar. Yo padecía angustias mortales, y así, en el momento en que salía Mr. de Chateaubriand, iba por el manuscrito, y me lo guardaba. Un día, al atravesar las Tullerías, advertí que no lo llevaba, y muy segura de haberlo sentido al salir, no dudé haberlo perdido en el camino. Ya veía yo el fatal escrito entre las manos de la policía, á Mr. de Chateaubriand preso, y caigo sin conocimiento en medio del jardín; algunas buenas gentes que me socorrieron me llevaron á casa, que no estaba muy lejos. ¡Qué suplicio cuando al subir la escalera vacilaba entre un temor que era casi una certidumbre, y una leve esperanza de haber olvidado tomar el manuscrito! Al acercarme al cuarto de mi marido, me sentí desfallecer de nuevo; entro, en fin, y nada había sobre la mesa; me acerco al lecho, tiendo primero la almohada, y no siento nada; pero la levanto, y veo el rollo de papeles. Cada vez que pienso en ello me late el corazón, y jamás he experimentado en mi vida semejante movimiento de alegría; puedo decir, en verdad, que no hubiera sido tan grande si me hubiese visto libre al pié del cadalso, porque aquel á quien veía libre me era mucho mas caro que mi misma vida.»

¡Qué infeliz sería yo si hubiese podido causar un momento de pena á Mad. de Chateaubriand!

Habíame visto obligado á confiar mi secreto á un impresor, el cual había consentido en arriesgar el lance: conforme á las noticias de cada hora, me devolvía ó se llevaba las pruebas corregidas á medias, según que el ruido del cañon se acercaba ó alejaba de París: por espacio de quince días jugué de esta manera mi vida.

LA GUERRA EN LAS PUERTAS DE PARÍS.—VISTA DE PARÍS.—COMBATE DE BELLEVILLE.—FUGA DE MARÍA LUISA Y DE LA REGENCIA.—MR. DE TALLEYRAND PERMANECE EN PARÍS.

El cerco se estrechaba enrededor de la capital, y á cada instante se sabía un progreso del enemigo. Por las barreras entraban mezclados prisioneros rusos, y heridos franceses conducidos en carretas; algunos de ellos caían medio muertos bajo las ruedas que ensangrataban, y algunos conscriptos, llamados de lo interior, atravesaban la capital, dirigiéndose al ejér-

cito. Por la noche se oían pasar por los baluartes exteriores los trenes de artillería, y no se sabía si las detonaciones lejanas anunciaban la victoria decisiva ó la última derrota.

Al fin vino la guerra á establecerse en las barreras de París. Desde las torres de Notre-Dame se vió aparecer la cabeza de las columnas rusas, así como las primeras ondulaciones del flujo de la mar sobre una playa. Entonces sentí lo que debía experimentar un romano cuando desde lo alto del Capitolio descubría los soldados de Alarico y la antigua ciudad de los latinos á sus piés, como yo descubría los soldados rusos y á mis piés la antigua ciudad de los Galos. ¡Adios, pues, lares patrios, hogares conservadores de las tradiciones del país, techos bajo los cuales habían respirado aquella Virginia sacrificada por su padre al pudor y á la libertad, aquella Eloisa adicta por el amor á la religion y á las letras!

Hacia dos siglos que París no veía el humo de los campamentos del enemigo, y es Bonaparte quien, de triunfo en triunfo, ha traído los tebanos á la vista de las mujeres de Esparta. París era el punto de que había partido para correr la tierra, y á él volvía dejando detrás el enorme incendio de sus nuevas conquistas.

Precipitábanse en el jardín botánico, que en otro tiempo hubiera podido proteger la abadía fortificada de Saint-Victor, el pequeño número de cisnes y de plátanos, á quien nuestro poder había prometido una paz eterna, era perturbado, y desde lo alto del laberinto, por encima de los grandes cedros, por encima de los graneros de abundancia que Bonaparte no había tenido tiempo de concluir, y mas allá del lugar de la Bastilla y del torreón de Vincennes (lugares que referían nuestra sucesiva historia), la muchedumbre miraba los fuegos de la infantería en el combate de Belleville. Montmartre es tomado, y las balas de cañon llegaron hasta los *bulevares* del Temple. Algunas compañías de la guardia nacional salieron, y perdieron trescientos hombres alrededor del sepulcro de los mártires. Jamás brilló la Francia militar con mas vivo esplendor en medio de sus reveses: los últimos héroes fueron los ciento cincuenta jóvenes de la escuela politécnica, transformados en artilleros en los reductos del camino de Vincennes. Cercados de enemigos, rehusaban rendirse, y fue preciso arrancarlos de sus piezas: el granadero ruso los agarraba ennegrecidos de pólvora y cubiertos de heridas, y mientras que ellos se defendían con sus brazos, los rusos alzaban en el aire con gritos de victoria y de admiración estas tiernas palmas francesas que entregaban ensangrentadas á sus madres.

Durante este tiempo huía Cambaceres con María Luisa, el rey de Roma y la regencia. En las esquinas se leía esta proclama:

El rey José, lugarteniente general del emperador, comandante en jefe de la guardia nacional.

«Ciudadanos de París:

«El consejo de regencia ha provisto á la seguridad de la emperatriz y del rey de Roma: yo me quedo con vosotros. Armémonos para defender esta ciudad sus monumentos, sus riquezas, nuestras mujeres, nuestros hijos, todo lo que nos es querido. Que esta inmensa ciudad se convierta en un campamento por algunos instantes, y que el enemigo encuentre su vergüenza al pié de estos muros que espera atravesar en triunfo.»

Rostopschino no había pretendido defender á Moscú; lo incendió. José anunciaba que no abandonaría jamás á los parisienses, y huía en secreto, dejándonos su valor pegado en las esquinas de las calles.

Mr. de Talleyrand hacia parte de la regencia nombrada por Napoleon. Desde el día en que el obispo de

Autun dejó de ser ministro de relaciones exteriores del imperio, solo había soñado una cosa, la desaparición de Bonaparte seguida de la regencia de María Luisa, regencia de que él, príncipe de Benevento, hubiera sido el jefe. Nombrándole Bonaparte miembro de una regencia provisional en 1814, parecía haber favorecido sus designios secretos. La muerte napoleónica no había sobrevenido, y solo quedó á Mr. de Talleyrand el recurso de arrastrarse á los piés del coloso que no podía derribar, y de sacar partido del momento en pro de sus intereses. La posición se presentaba difícil; permanecer en la capital era cosa indicada, pero si Bonaparte volvía, el príncipe separado de la regencia fugitiva corría riesgo de ser fusilado; por otra parte, ¿cómo abandonar á París en el momento en que los aliados podían penetrar en él? ¿No sería esto renunciar al provecho del éxito, hacer traición á ese mañana de los acontecimientos para el cual estaba hecho Mr. de Talleyrand? Lejos de inclinarse hácia los Borbones, lo temía á causa de sus diversas apostasias. Sin embargo, puesto que había una probabilidad cualquiera para ellos, Mr. de Vitrolles, con el asentimiento del prelado casado, se trasladó ocultamente al congreso de Chatillon como cuchicheo encubierto de la legitimidad. Tomada esta precaución, y á fin de salir del aprieto en París, el príncipe recurrió á uno de esos ardidés en los cuales era maestro consumado.

Mr. Labone, que poco despues, en tiempo de Mr. Dupont de Nemours, fue secretario particular del gobierno provisional, fué á ver á Mr. de Laborde, agregado á la guardia nacional, y le reveló la marcha de Mr. de Talleyrand. «Se dispone, le dijo, á seguir á la regencia, y tal vez os parezca necesario prenderlo, á fin de poder negociar con los aliados, si es necesario.» La comedia fue representada con la mayor perfección. Cárganse con gran estrépito los carruajes del príncipe, y se pone en marcha el 30 de marzo á medio día: al llegar á la barrera de *Enfer* le rechazan inexorablemente, á pesar de sus protestas. En caso de una vuelta milagrosa, allí estaban las pruebas atestigüando que el antiguo ministro había querido seguir á María Luisa, y que la fuerza armada le había cerrado el paso.

PROCLAMA DEL PRÍNCIPE GENERALÍSIMO SCHWARTZEMBERG.—DISCURSO DE ALEJANDRO.—CAPITULACION DE PARÍS.

Entre tanto, en presencia de los aliados, el conde Alejandro de Laborde y Mr. Tourton, oficiales superiores de la guardia nacional, habían sido enviados cerca del generalísimo príncipe de Schwartzemberg, el cual había sido uno de los generales de Bonaparte durante la campaña de Rusia. La proclama del generalísimo fue conocida en París en la tarde del 30 de marzo. «Hace veinte años, decía, la Europa está inundada de sangre y de lágrimas: las tentativas para poner un término á tantas desgracias han sido inútiles, porque existe en el principio mismo del gobierno que os oprime un obstáculo insuperable á la paz. Parisienses, ya conocéis la situación de vuestra patria; la conservación y la tranquilidad de vuestra ciudad serán el objeto de los cuidados de los aliados. Con estos sentimientos es como la Europa, armada ante vuestros muros, se dirige á vosotros.»

¡Qué magnífica confesión de la grandeza de la Francia! *La Europa, armada ante vuestros muros se dirige á vosotros*. Nosotros, que nada habíamos respetado, éramos respetados por aquellos cuyas ciudades habíamos saqueado y quienes á su vez se habían hecho los mas fuertes. Nosotros les parecíamos una nación sagrada; nuestras tierras les parecían una campaña de Elide, que, de parte de los dioses, ningún batallón podía hollar con su planta. Si, no obstante,

París hubiera creído deber hacer una resistencia de veinte y cuatro horas, los resultados habrían cambiado; pero nadie, excepto los soldados embriagados de fuego y de honor, quería ya á Bonaparte, y por el temor de conservarlo se apresuraron á abrir las barreras.

París capituló el 31 de marzo: la capitulación militar se firmó en nombre de los generales Mortier y Marmont, y por los coroneles Denis y Fabvier; la civil tuvo lugar en nombre de los alcaldes de París. El consejo municipal y departamental envió una diputación al cuartel general ruso para arreglar los diferentes artículos: mi compañero de destierro, Christian de Lamoignon, era del número de los mandatarios, á quien Alejandro dijo:

«Vuestro emperador, que era mi aliado, ha ido hasta el corazón de mis Estados, llevando consigo males, cuyas huellas durarán largo tiempo: una justa defensa me ha traído hasta aquí, aunque estoy lejos de querer devolver á la Francia los males que de ella he recibido. Soy justo, y sé que esto no ha sido culpa de los franceses. Los franceses son mis amigos, y quiero probarles que vengo á devolverles bien por mal. Napoleon es mi único enemigo. Yo prometo mi protección especial á la ciudad de París; protegeré y conservaré todos los establecimientos públicos; solo se alojarán en la ciudad tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional que está formada de lo mejor de vuestros ciudadanos. A vosotros, corresponde aseguraros vuestra dicha futura; es preciso daros un gobierno que procure el reposo y le procure á la Europa. A vosotros corresponde emitir vuestro voto, y siempre me encontrareis dispuesto á secundar vuestros esfuerzos.»

Palabras que fueron cumplidas puntualmente; ¡cuales debían ser los sentimientos de Alejandro cuando distinguió las cúpulas de los edificios de esta ciudad, donde jamás había entrado el extranjero sino para admirarnos, para gozar de las maravillas de nuestra civilización y de nuestra inteligencia; de esta inviolable ciudad, defendida durante doce siglos por sus grandes hombres; de esta capital de la gloria, que aun parecía proteger con su sombra Luis XIV!

ENTRADA DE LOS ALIADOS EN PARÍS.—BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU.

Dios había pronunciado una de esas palabras que de cuando en cuando interrumpen el silencio de la eternidad. Entonces, en medio de la generación presente, se levantó el martillo que dió la hora que París solo había oído sonar una vez. El 25 de diciembre de 496, Reims anunció el bautismo de Clovis, y las puertas de Lutecia se abrieron á los francos; el 30 de marzo de 1814, despues del bautismo de sangre de Luis XVI, el viejo martillo que permanecía inmóvil, se levantó de nuevo sobre la campana de la antigua monarquía: un segundo golpe resonó, y los tártaros penetraron en París. En el intervalo de mil trescientos diez y ocho años, el extranjero había insultado las murallas de la capital de nuestro imperio, sin poder nunca penetrar en ella, excepto cuando se introdujo llamado por nuestras propias divisiones. Los normandos sitiaron la ciudad de los *Parisii*, y estos se apoderaron de los gavilanes que llevaban en el puño: Eudes, hijo de Paris, y rey futuro, *rex futurus*, dice Abdon, rechazó á los piratas del Norte: los *parisienses* soltaron sus águilas en 1814, y los aliados entraron en el Louvre.

Bonaparte había hecho injustamente la guerra á Alejandro su admirador, que imploraba la paz de rodillas: Bonaparte había ordenado la carnicería del Moskowa, obligado á los rusos á que ellos mismos

incendiasen á Moscou, habia despojado á Berlin, humillado á su rey é insultado á su reina. ¿Qué represalias, pues, debiamos esperar? Vais á verlo.

Yo habia errado en las Floridas en rededor de monumentos desconocidos, en otro tiempo devastado por conquistadores, de los que hoy no queda huella alguna: pero estaba reservado para ver el espectáculo de las hordas caucásicas acampadas en el patio del Louvre. En estos sucesos de la historia, que segun Montaigne son testigos de nuestro mérito y capacidad, mi lengua se pega al paladar.



MURAT.

acto y anonadado en mi mismo, como si me arrancasen mi nombre de francés para sustituirle el número por el cual debía ser conocido de allí en adelante en las minas de la Siberia, sentia al mismo tiempo crecer mi exasperacion contra el hombre cuya gloria nos habia reducido á esta vergüenza.

Sin embargo, esta primera invasion de los aliados no tiene ejemplo en los anales del mundo: el orden, la paz y la moderacion reinaron en todas partes; las tiendas se volvieron á abrir, y los soldados rusos de la guardia, de seis piés de estatura, eran seguidos por las calles por pilletes franceses que se burlaban de ellos como si fueran figurones y máscaras de carnaval. Los vencidos podian ser tomados por vencedores, y estos temblando de sus triunfos, tenian el aire

de pedir una excusa. La guardia nacional ocupab solo lo interior de Paris, á excepcion de los edificio en que se alojaban los reyes y principes extranjeros. El 31 de marzo de 1814 ocupaban la Francia ejércitos numerosos, y algunos meses despues todas estas tropas volvieron á pasar las fronteras, sin disparar un tiro, sin derramar una gota de sangre desde la entrada de los Borbones. La antigua Francia se encuentra ensanchada en algunas de sus fronteras; diviense con ella los navios y los almacenes de Angers, y se le devuelven trescientos mil prisioneros dispersos en los paises donde los habia dejado la derrota ó la victoria. Despues de veinte y cinco años de combates, cesa el rumor de las armas de un extremo á otro de Europa. Alejandro se marcha, dejándonos

Adhæret lingua mea faucibus meis.

El ejército de los aliados entró en Paris el 31 de marzo de 1814 á medio dia, y diez antes del aniversario de la muerte del duque de Enghien, 21 de marzo de 1804. ¿Valia la pena para Bonaparte haber cometido una accion de tan larga memoria, por un reinado que debía durar tan poco? El emperador de Rusia y el rey de Prusia estaban á la cabeza de sus tropas: yo los ví desfilar en los bulevares. Estupe-

las obras maestras conquistadas y la libertad depositada en la carta, libertad que debimos tanto á sus luces como á su influencia. Gefe de las dos autoridades supremas, doblemente autócrata por la espada y por la pluma, solo él, de todos los soberanos de Europa, habia comprendido que en la edad de civilizacion á que la Francia habia llegado no podia ser ya gobernada sino en virtud de una constitucion libre.

En nuestra enemistad natural con los extranjeros, hemos confundido la invasion de 1814 y la de 1815, que de ningun modo se parecen.

Alejandro no se consideraba como un instrumento de la Providencia, ni se atribuia nada. Complimentándole Mad. Stael sobre la felicidad que sus súbditos privados de una constitucion, tenian de ser gober-

nados por él, dió esta conocida respuesta:—«Yo no soy mas que un accidente feliz.»

Atestiguándole un jóven en las calles de Paris su admiracion por la afabilidad con que habia acogido á los mas insignificantes ciudadanos, le replicó:—«Pues qué, ¿los soberanos no están hechos para eso?» El emperador no quiso habitar el palacio de las Tullerías, recordando que Bonaparte lo habia hecho en los palacios de Viena, de Berlin y de Moscou.

Mirando la estatua de Napoleon sobre la columna de la plaza Vendome, dijo:—«Si yo estuviese tan alto, temeria se me desvaneciera la cabeza.»

Cuando recorria el palacio de las Tullerías, le enseñaron el salon de la Paz, y dijo riendo:—«Y de qué servia este salon á Bonaparte?»



NAPOLEON SE DESPIDE DE SU FAMILIA.

El dia de la entrada de Luis XVIII en Paris se ocultó Alejandro detrás de una ventana, sin ninguna señal de distincion, para ver pasar la comitiva.

Algunas veces tenia maneras elegantemente afectuosas. Visitando una casa de locos preguntó á una mujer si era considerable el número de las *locas por amor*:—«Hasta el presente no lo es, respondió ella: pero es de temer que aumente, á contar desde el momento de la entrada de V. M. en Paris.»

Un gran dignatario de Napoleón decia al czar:—«Hace mucho tiempo, señor, que vuestra llegada era

esperada y deseada aqui.—Yo hubiera venido mas pronto, respondió; y no acuseis de mi tardanza sino al valor francés.» Es cierto que al pasar el Rhin habia sentido no poderse retirar en paz al seno de su familia.

En el cuartel de los Inválidos encontró los soldados mutilados que le habian vencido en Austerlitz, y que estaban silenciosos y mudos: no se oia mas que el ruido de sus piernas de palo en sus patios desiertos y en su iglesia desnuda; Alejandro se enterneció, y mandó que les llevasen doce cañones rusos.

Propusieronle cambiar el nombre del puente de Austerlitz: «No, dijo: basta que yo haya pasado sobre ese puente con mi ejército.»

Alejandro tenía algo de tranquilo y de triste; paseábase en París á caballo ó á pié, sin séquito y sin afectación. Tenía el aire sorprendido de su triunfo, y sus miradas, casi enternecidas, erraban sobre una población á quien parecía considerar como superior á él: hubiérase dicho que él se consideraba un bárbaro en medio de nosotros, como un romano se sentía lleno de vergüenza en Atenas. Tal vez pensaba también en que aquellos franceses habían aparecido en su capital incendiada, y que á su vez sus soldados eran dueños de ese París donde hubiera podido encontrar algunas de las antorchas por quienes Moscou fue libertada y consumida á un tiempo. Este destino, esta fortuna vacilante, esta miseria común de los pueblos y de los reyes, debían herir profundamente un espíritu tan religioso como el suyo.

BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU.—LA REGENCIA EN BLOIS.

¿Qué hacía el vencedor de Borodino? Tan pronto como supo la resolución de Alejandro, envió al mayor de artillería, Maillard de Lescourt, la órden de hacer volar el puente de Grenelle. Rostopschino había puesto fuego á Moscou, pero antes había hecho salir á los habitantes. De Fontainebleau, adonde había vuelto Napoleón, avanzó hasta Villejuif, y desde aquí derramó una mirada sobre París: soldados extranjeros custodiaban las puertas, y el conquistador se acordaba de los días en que sus granaderos vigilaban sobre las murallas de Berlín, de Moscou y de Viena.

Los sucesos destruyen los sucesos. La regencia se había retirado á Blois, y Bonaparte ordenado que la emperatriz y el rey de Roma saliesen de París, queriendo mejor, decía, verlos en el fondo del Sena, que reconducidos á Viena en triunfo; pero al mismo tiempo había intimado á José que permaneciera en la capital. La retirada de su hermano le enfureció, y acusó al rey de España de haberlo perdido todo. Los ministros, los miembros de la regencia, los hermanos de Napoleón, su mujer y su hijo, llegaron mezclados á Blois, donde estaban las carrozas del rey que fueron arrastradas por los lodos de la Beauce á Chambord, único pedazo de la Francia dejado al heredero de Luis XIV. Algunos ministros pasaron mas allá, y fueron á ocultarse en Bretaña, mientras que Cambaceres se hacía llevar en una silla de manos por las pendientes calles de Blois. Corrían diversos rumores; hablábase de dos partidos y de una requisición general, y durante muchos días se ignoró lo que pasaba en París, hasta que cesó la incertidumbre con la llegada de un trágico, cuyo pasaporte tenía la firma de Sacken. Pronto llegó á la posada de la *Galere* el general ruso, Schouwaloff, que repentinamente fue sitiado por los grandes, solícitos en obtener de él un pase para salvarse por donde pudieran. Sin embargo, antes de salir de Blois, cada uno se hizo pagar de los fondos de la regencia sus gastos de viaje y los atrasos de sus sueldos: en una mano tenían el pasaporte, en la otra el dinero, y al mismo tiempo tenían cuidado de enviar su adhesión al gobierno provisional. El príncipe Esterhazy vino en busca de María Luisa y de su hijo de parte de Francisco II, y José y Gerónimo se retiraron á Suiza, después de haber querido inútilmente forzar á la emperatriz á que siguiese su suerte; pero María Luisa se apresuró á unirse con su padre. Medianamente adicta á Bonaparte, encontró el medio de consolarse, y se felicitó de verse libre de la doble tiranía del esposo y del amo. Cuando Bonaparte devolvió el año siguiente esta confusión de fuga á los Borbones, estos, apenas arrancados á sus tribulaciones, no habían tenido catorce años de una prosperidad inaudita para acostumbrarse á las comodidades del trono.

PUBLICACION DE MI FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES.

Entre tanto Napoleón no estaba todavía destronado; mas de cuarenta mil de los mejores soldados de la tierra estaban enredados suyo; podía retirarse detrás del Loira; los ejércitos franceses que llegaban de España zumbaban en el Mediodía; la ardiente población militar podía aun derramar sus lavas, y hasta entre los mismos gefes extranjeros se trataba aun de Napoleón ó de su hijo para reinar en Francia. Por espacio de dos días vaciló Alejandro. Como ya he dicho, monsieur de Talleyrand se inclinaba secretamente á la política que tendía á coronar al rey de Roma, porque temía á los Borbones; y si entonces no entraba completamente en el plan de la regencia de María Luisa, era porque, no habiendo muerto Napoleón, temía, como príncipe de Benevento que era, no poder ser el amo durante una minoría amenazada por la existencia de un hombre inquieto, emprendedor, y aun en la fuerza de la edad.

En estos días críticos fue cuando lancé mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, para hacer inclinar la balanza: sabido es el efecto que produjo. Yo me lancé á cuerpo descubierto en el combate para servir de escudo á la libertad renaciente contra la tiranía aun en pié, y cuya desesperación triplicaba sus fuerzas. Yo hablaba en nombre de la legitimidad, á fin de añadir á mis palabras la autoridad de los negocios positivos, y enseñé á la Francia lo que era la antigua familia real: dije cuántos miembros existían de esta familia y cuáles eran sus nombres y su carácter; pero todo era como si hubiese hecho la enumeración de los hijos del emperador de la China, pues tanto habían invadido lo presente la república y el imperio, y relegado los Borbones á lo pasado. Ya he dicho muchas veces que Luis XVIII declaró que mi folleto le había servido de mas que un ejército de cien mil hombres, y hubiera podido añadir que fue también para él un certificado de vida. Yo contribuía á darle por segunda vez la corona por la feliz terminación de la guerra de España.

Desde el principio de mi carrera política me hice popular entre la multitud; pero desde entonces perdí también mi fortuna cerca de los hombres poderosos. Todo el que había sido esclavo de Bonaparte me aborrecía, y por otro lado era sospechoso á todos los que querían poner á la Francia en vasallaje. En el primer momento solo tuve en favor mio, entre los soberanos, al mismo Bonaparte que leyó mi folleto en Fontainebleau. Hábíselo llevado el duque de Bassano, y lo discutí con imparcialidad, diciendo: «¡Esto es justo, esto no es justo; ningún cargo tengo que hacer á Chateaubriand, que me ha resistido durante mi poder; pero esos canallas de...!» y los nombraba.

Mi admiración por Bonaparte siempre ha sido grande y sincera, aun cuando le atacaba con la mayor viveza.

La posteridad no es tan equitativa en sus decisiones como se dice, pues hay pasiones y errores de distancia, como hay pasiones y errores de proximidad. Cuando la posteridad admira sin restriccion, se escandaliza de que los contemporáneos del hombre admirado no tuviesen de él la idea que ella tiene. Esto se explica sin embargo: las cosas que chocan en ese personaje han pasado; sus debilidades han muerto con él, y solo ha quedado de lo que fue, su vida imperecedera; pero el mal que causó no es por eso menos real; mal en sí mismo y en su esencia, mal sobre todo para aquellos que lo han soportado.

La moda del día es engrandecer las victorias de Bonaparte: los pacientes han desaparecido y no se oyen ya las imprecaciones y los gritos de dolor y de angustia de las víctimas: ya no se ve la Francia agotada labrando su suelo por medio de sus mujeres; ya no se

ven los habitantes de las aldeas heridos solidariamente con penas aplicables á un refractario; ya no se ven esos bandos de conscripciones pegados en las esquinas de las calles, ni los transeúntes agrupados delante de estas inmensas sentencias de muerte, buscando conternados en ellas los nombres de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, de sus vecinos; olvidase que todo el mundo se lamentaba de los triunfos; olvidase que la menor alusión contra Bonaparte en las piezas dramáticas que se escapaban á los censores era acogida con trasporte; olvidase que el pueblo, la corte, los generales, los ministros estaban cansados de su opresión y de sus conquistas, cansados de esa partida siempre ganada y jugada siempre, de esa existencia puesta en el tormento todos los días por la imposibilidad del descanso.

La realidad de nuestros padecimientos se demuestra por la catástrofe misma; ¿si la Francia hubiera sido fanática por Bonaparte, le hubiera abandonado dos veces brusca y completamente sin tentar el último esfuerzo por conservarlo? Si la Francia lo debía todo á Bonaparte, gloria, libertad, orden, prosperidad, industria, comercio, manufacturas, monumentos, literatura, bellas artes; si, antes de él, la nación nada había hecho ella misma; si la república, desprovista de genio y de valor, no había defendido ni ensanchado el suelo, la Francia ha sido muy ingrata y cobarde dejando caer á Napoleón en manos de sus enemigos, ó al menos no protestando contra el cautiverio de semejante bienhechor.

Este cargo, que se tendría derecho para hacernos, no se nos hace sin embargo. ¿Y por qué? Porque es evidente que en el momento de su caída, la Francia no ha pretendido defender á Napoleón, pues, al contrario, lo ha abandonado voluntariamente: en medio de nuestros amargos disgustos ya no reconocíamos en él mas que al autor de nuestras miserias. Los aliados no nos han vencido; nosotros hemos sido los que, eligiendo entre dos azotes, hemos renunciado á derramar nuestra sangre, que ya no corría por nuestras libertades.

Sin duda que la república había sido muy cruel; pero todos esperaban que pasaría, y que tarde ó temprano recobraríamos nuestros derechos, conservando las conquistas preservadoras que nos había dado sobre los Alpes y sobre el Rhin. Todas las victorias que conseguía eran ganadas en nuestro nombre: con ella solo se trataba de la Francia; siempre era la Francia quien había triunfado y vencido; nuestros soldados los que lo habían hecho todo, y para los cuales se instituían fiestas triunfales ó fúnebres, y los generales (que los había muy grandes) obtenían una plaza honrosa, pero modesta, en los recuerdos públicos: tales fueron Marceau, Moreau, Hoche y Joubert, los dos primeros destinados á ocupar el lugar de Bonaparte, que, naciendo á la gloria, pasó repentinamente sobre el general Hoche, é ilustró con su envidia á este guerrero pacificador, muerto de pronto despues de sus triunfos de Altenkirken, de Neuwied y de Kleinsten.

Bajo el imperio desaparecimos; ya no se trató mas de nosotros, y todo correspondía á Bonaparte: *He ordenado, he vencido, he hablado: mis águilas, mi corona, mi sangre, mi familia, mis súbditos.*

¿Qué sucedió, sin embargo, en estas dos posiciones á la vez semejantes y opuestas? Nosotros no abandonamos la república en sus reveses; ella nos mataba, pero nos honraba; nosotros no teníamos la vergüenza de ser la propiedad de un hombre, y gracias á nuestros esfuerzos, la Francia no fue invadida; derrotados los rusos mas allá de los montes, vinieron á espirar en Zurich.

En cuanto á Bonaparte, á pesar de sus enormes adquisiciones, ha sucumbido, no porque fuera vencido, sino porque la Francia no lo quería ya. ¡Gran

lección, que nos haga recordar para siempre que hay causa de muerte en todo lo que hiere la dignidad del hombre!

Los ánimos independientes de todo matiz y de toda opinión usaban de un lenguaje uniforme en la época de la publicación de mi folleto. Lafayette, Camille Jordan, Ducis, Lemerrier, Lanjuinais, Mad. de Staël, Chenier, Benjamin Constant, Lebrun, pensaban y escribían como yo. Lanjuinais decía: «Nosotros hemos ido á buscar un señor entre hombres á quienes los romanos no querían por esclavos.»

Chenier no trataba con mas favor á Bonaparte.

«Un corso ha devorado el patrimonio de los franceses, la flor de sus héroes ha sido truncada en el campo de batalla, mártires arrastrados al cadalso por el amor de la gloria, y que han caído sustentando otra esperanza. Demasiada sangre, demasiadas lágrimas de las que un solo hombre debe ser responsable han inundado la Francia.»

También yo excesivamente crédulo he celebrado largo tiempo sus conquistas en el Foro, en el Senado, en nuestras diversiones y en nuestras solemnidades.

Mas cuando á manera de un prófugo que vuelve á sus hogares, trocó sus laureles por el imperio, no adulé su brillante *infamia*; mi voz tronó siempre contra la opresión, y mientras que el tirano veía á sus piés una nube de aduladores que le vendían los intereses de la nación juntamente con sus versos llenos de lisonjas, no pudo menos de echar de ver mi ausencia porque yo he cantado la gloria, pero no la tiranía.»

(Promenade 1805.)

Mad. de Staël hace un juicio no menos riguroso de Napoleón:

«¿No sería una gran lección para la especie humana, si estos directores (los cinco miembros del directorio), hombres muy poco guerreros, se levantasen del polvo y pidiesen cuenta á Napoleón de las fronteras del Rhin y de los Alpes, conquistadas por la república; cuenta de los extranjeros llegados dos veces á París; cuenta de los tres millones de franceses que han perecido desde Cádiz hasta Moscou; cuenta, sobre todo, de esa simpatía que las naciones experimentaban por la causa de la libertad en Francia, y que ahora se ha cambiado en aversión inveterada.»

(Consideraciones sobre la revolucion francesa.)

Escuchemos á Benjamin Constant:

«El que, hacia doce años, se proclamaba destinado á conquistar el mundo, ha terminado con todas sus pretensiones... Aun antes de que su territorio fuese invadido, es acometido de una turbación que no puede disimular. Apenas tocan sus límites, tira lejos todas sus conquistas; exige la abdicación de uno de sus hermanos; consagra la expulsión de otro, y, sin que se lo pidan, declara que renuncia á todo.»

«En tanto que los reyes, aun vencidos, no abjuraban de su dignidad, ¿por qué el vencedor de la tierra cede al primer fracaso? Los gritos de su familia, nos dice, desgarran su corazón. ¿No eran también de esa familia los que perecían en Rusia en la triple agonía de las heridas, del frío y del hambre? Pero mientras que ellos espiraban abandonados por su gefe, este gefe se creía en seguridad, y ahora el peligro de que participa le da una sensibilidad súbita.»

«El miedo es un mal consejero: allí, sobre todo, donde no hay conciencia; en la adversidad como en la dicha, no hay mas medida que la moral. Donde la moral no gobierna, la dicha se pierde por la clemencia, y la adversidad por el envilecimiento.»

¿«Qué efecto debe producir en una nación valerosa

ese ciego terror, esa pusilanimidad repentina, sin ejemplo, aun en medio de nuestras borrascas? El orgullo nacional encontraba (y era un mal) una especie de indemnización en no ser oprimido sino por un jefe invencible. ¿Qué resta hoy día? Nada de prestigio ni de triunfos; un imperio mutilado; la execración del mundo; un trono cuyas pompas son ajadas; sus trofeos derribados, y que por toda comitiva solo tiene las sombras errantes del duque de Enghien, de Pichegru y de tantos otros como fueron degollados para fundarlo.»

(Del espíritu de conquista.)

¿He ido yo tan lejos como esto en mi escrito *De Bonaparte y de los Borbones*? Las proclamas de las autoridades en 1814, que voy á reproducir, ¿no han repetido, afirmado y confirmado estas opiniones diversas? Que las autoridades que se expresan de esta suerte hayan sido cobardes y degradadas por su primera adulación, ninguna fuerza quita esto á sus argumentos.

Yo podria multiplicar las citas; pero solo recordaré dos, á causa de la opinion de dos hombres: Beranger, este constante y admirable admirador de Bonaparte, no cree deber escusarse á sí propio: «Mi admiración entusiasta y constante por el genio del emperador, jamás me cegó sobre el despotismo siempre creciente del imperio.» Pablo Luis Courier, hablando del advenimiento de Napoleon al trono, dice: «¿Qué significa, dime... un hombre como él, Bonaparte, soldado, el primer capitán del mundo, querer que le llamen majestad! Ser Bonaparte y hacerse señor! Aspirar á descender; pero no: cree subir igualándose á los reyes: él ama mas un título que un nombre. ¡Pobre hombre! Sus ideas son inferiores á su fortuna. César lo entendia mucho mejor, y no tomó títulos gastados; pero hizo de su nombre un título superior al de los reyes.» Los talentos vivos han tomado el camino de la misma independencia: Mr. de Lamartine en la tribuna, Mr. de Latouche en el retiro, y en dos ó tres de sus mas bellas odas Mr. Victor Hugo ha repetido estos nobles acentos:

En la oscuridad de los atentados, en el brillo de las victorias, ese hombre que desconocia al Dios que lo habia enviado, etc.

El juicio europeo participaba tambien de la misma severidad. Entre los ingleses solo citaré el sentimiento de los hombres de oposicion, los cuales acomodaban y justificaban todo lo de nuestra revolucion. Leed á Mackintosh en su defensa de Pelletier: Sheridan, con motivo de la paz de Amiens, decia al parlamento: «Cualquiera que llegue á Inglaterra, saliendo de Francia, cree escapar de un torreon para respirar el aire y la vida de la independencia.»

Lord Byron, en su oda á Napoleon, le trata de la manera mas indigna:

Tis donc-but yesterday a King!
And arm'd With Kings to Strive,
And now thou art a nameless thing
So abject-yet alive.

«Se acabó ¡ayer eras rey y tenias armas para combatir á los reyes! Y hoy eres una cosa sin nombre, tan despreciable! sin embargo aun vives.»

La oda entera es por este estilo: cada estrofa vence á la otra, lo cual no ha impedido á lord Byron celebrar la tumba de Santa Elena. Los poetas son pájaros: todo ruido les hace cantar.

Cuando las mas escogidas inteligencias se encuentran de acuerdo en un juicio, ninguna admiración ficticia ó sincera, ningún arreglo de hechos ni sistema imaginario podrian invalidar la sentencia. ¡Qué! ¿Se podria, como lo hizo Napoleon, sustituir su voluntad á las leyes, perseguir toda vida independiente, regocijarse en deshonorar los caracteres, en perturbar las

existencias, en violentar las costumbres particulares, tanto como las libertades públicas; y las oposiciones generosas que se alzasen contra estas enormidades serian declaradas calumniosas y blasfemas? ¿Quién querria defender la causa del débil contra el fuerte, si el valor, expuesto á la venganza de las veleidades de lo presente, debiera aun esperar la bafa de las cobardías del porvenir?

Esta minoría ilustre, formada en parte de los hijos de las Musas, se hizo gradualmente la mayoría nacional: al fin del imperio, todo el mundo detestaba el despotismo imperial. Un cargo grave se unirá siempre á la memoria de Bonaparte: hizo tan pesado su yugo que el sentimiento hostil contra el extranjero se debilitó, y una invasión, deplorable hoy en recuerdos, tuvo, en el momento de consumarse, cierto carácter de regeneración libre; esta es la misma opinion republicana, enunciada por mi desgraciado y valiente amigo Carrel. «La vuelta de los Borbones, habia dicho á su vez Carnot, produjo en Francia un entusiasmo universal; fueron acogidos con una efusion inexplicable, y los antiguos republicanos participaron sinceramente de la alegría comun. Napoleon los habia oprimido particularmente tanto, y de tal modo habian sufrido todas las clases de la sociedad, que no se encontraba nadie que no estuviese realmente en la embriaguez.»

Solo falta á la sancion de estas opiniones una autoridad que las confirme: Bonaparte se ha encargado de certificar su verdad. Despidiéndose de sus soldados en el patio de Fontainebleau, confiesa en voz alta que la Francia le rechaza: «La Francia misma, dice, ha querido otros destinos.» Confesion inesperada y memorable, cuyo peso nada puede disminuir, ni nada amenguar su valor.

Dios en su paciente eternidad, manifiesta tarde ó temprano la justicia; en los momentos del sueño aparente del cielo, siempre será hermoso que vele la reprobación de un hombre honrado, y que permanezca como un freno al absoluto poder. La Francia no renegará de las almas nobles que reclamaron contra su servidumbre, cuando todo estaba prosternado, cuando habia tantas ventajas en estarlo; tantas mercedes que recibir por adulaciones, tantas persecuciones que recoger por sinceridades. ¡Honor, pues, á los Lafayette, á los Stael, á los Benjamin Constant, á los Ducis, á los Lemercier, á los Lanjuinais y á los Chenier, que en pié en medio de la multitud rastrera de los pueblos y de los reyes, osaron despreciar la victoria y protestar contra la tiranía!

Revisado en 22 de febrero de 1846.

DECRETO DE DESTITUCION DADO POR EL SENADO.

El 22 de abril, los senadores, á quienes solo se debe un artículo de la Carta de 1841, el innoble artículo que les conserva sus pensiones, decretaron la destitución de Bonaparte. Si este decreto libertador para la Francia, infame para los que lo dieron, hace una afrenta á la especie humana, al mismo tiempo enseña á la posteridad el precio de las grandezas y de la fortuna, cuando estas han desdenado asentarse sobre las bases de la moral, de la justicia y de la libertad.

Decreto del Senado conservador.

«El senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional solo existe el monarca en virtud de la constitucion ó del pacto social;

«Que Napoleon Bonaparte, durante algun tiempo de un gobierno firme y prudente, habia dado á la nacion motivos para contar para el porvenir con actos de sabiduría y de justicia; pero que en seguida ha desgarrado el pacto que le unia al pueblo francés, espe-

cialmente levantando impuestos, estableciendo contribuciones fuera de la ley, contra el tenor expreso del juramento que habia prestado á su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 de las constituciones de 28 de floreal, año xii;

«Que ha cometido este atentado á los derechos del pueblo en el momento en que acababa de aplazar sin necesidad el cuerpo legislativo, y de hacer suprimir, como criminal, un dictámen de este cuerpo, al cual disputaba su título y su derecho á la representación nacional;

«Que ha emprendido una serie de guerras en contravención al artículo 50 del acta de las constituciones del año viii, que manda que la declaración de guerra sea propuesta, discutida, decretada y promulgada como ley;

«Que inconstitucionalmente ha dado muchos decretos con pena de muerte, especialmente los dos de 5 de marzo último, tendiendo á hacer considerar como nacional una guerra que solo estaba en el interés de su ambicion desmesurada;

«Que ha violado las leyes constitucionales por sus decretos sobre los prisioneros de estado;

«Que ha anonadado la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes y destruido la independencia de los cuerpos judiciales;

«Considerando que la libertad de la prensa, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nacion, ha sido constantemente sometida á la censura arbitraria de su policia, y que al mismo tiempo siempre se ha valido de la prensa para llenar la Francia y la Europa de máximas falsas, de doctrinas favorables al despotismo y de ultrajes contra los gobiernos extranjeros;

«Que actas y dictámenes aprobados por el senado han sufrido alteraciones en la publicacion que de ellos se ha hecho;

«Considerando que en vez de reinar con la sola mira del interés, de la felicidad y de la gloria del pueblo francés, segun los términos de su juramento, Napoleon ha puesto el colmo á las desdichas de la patria por su negativa á tratar con condiciones que el interés nacional obligaba á aceptar y que no comprometian el honor francés; por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le confiaron en hombres y en dinero; por el abandono de los heridos, sin socorros ni subsistencias; por diferentes medidas, cuyas consecuencias eran la ruina de las ciudades, la despoblacion de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas;

«Considerando que por todas estas causas el gobierno imperial establecido por el senado-consulta de 28 floreal, año xii, ó 18 de mayo de 1804, ha dejado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses llama un orden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y tambien la época de una reconciliación solemne entre todos los estados de la gran familia europea, el Senado declara y decreta lo que sigue: *Napoleon queda destituido del trono; el derecho hereditario, abolido en su familia; y el pueblo francés y el ejército, libres de su juramento de fidelidad hacia él.*»

El Senado romano fue menos duro cuando declaró á Neron enemigo público: la historia no es mas que una repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y á tiempos diversos.

¿Podrá representarse al emperador leyendo el documento oficial en Fontainebleau? ¿Qué debía pensar de lo que habia hecho y de los hombres que habia llamado á la complicidad de su opresion á nuestras libertades? Cuando yo publicaba mi folleto de *Bonaparte y de los Borbones*, ¿podia esperarme verlo amplificado y convertido en decreto de destitucion por el Senado? ¿Qué impidió á estos legisladores en los dias de la prosperidad descubrir los males de que

acusa han como autor á Bonaparte, de aperehirse de que la constitucion habia sido violada? ¿Qué celo acometia de repente á estos mudos para la libertad de la prensa? Los que habian colmado de adulaciones á Napoleon á la vuelta de cada una de sus guerras, ¿cómo encontraban ahora que solo las habia emprendido en interés de su ambicion desmesurada? Los que le habian echado tantos conscritos que devorar, ¿cómo se enternecian de repente por los soldados heridos, abandonados, sin socorros y sin subsistencias? Hay tiempos en que no debe dispensarse el desprecio sino con economía, á causa del gran número de necesitados: y tengo lástima de estos, porque aun tendrán necesidad de aquel durante y despues de los Cien dias.

Cuando pregunto lo que pensaba Napoleon en Fontainebleau de los actos del Senado, su respuesta estaba ya dada: la órden del día 14 de abril de 1814, no publicada oficialmente, sino en diversos periódicos, daba gracias al ejército por su fidelidad, añadiendo:

«El Senado se ha permitido disponer del gobierno francés; ha olvidado que debe al emperador el poder de que abusa ahora; que él es quien ha salvado una parte de sus miembros de la tormenta de la revolucion, y sacado de la oscuridad y protegido á la otra contra el odio de la nacion. El Senado se funda en los artículos de la constitucion para destruirla, y no se ruboriza de hacer cargos al emperador sin notar que, como primer cuerpo del estado, ha tomado parte en todos los sucesos. El Senado no se ruboriza de hablar de libelos publicados contra los gobiernos extranjeros olvidando que fueron redactados en su seno. Tan largo tiempo como la fortuna se ha mostrado fiel á su soberano, estos hombres han permanecido fieles, y ninguna queja ha sido oída sobre los abusos del poder. Si el emperador hubiera despreciado á los hombres, como le han echado en cara, hoy conoceria el mundo que habia tenido razones que motivaban su desprecio.»

Este es un homenaje rendido por Bonaparte mismo á la libertad de la prensa: algo de bueno debió creer que tenia, cuando ella le proporcionaba el último refugio y el último socorro.

Y yo, que me defiendi contra el tiempo; yo, que pretendo hacerle dar cuenta de lo que ha visto; yo, que escribo esto, tan lejos de los sucesos pasados, bajo el reinado de Felipe, heredero contrahecho de tan grande herencia, ¿qué soy yo entre las manos de ese tiempo, gran devorador de los siglos que creia detenedos, de ese tiempo que me hace dar vueltas con él en el espacio?

PALACIO DE LA CALLE DE SAINT-FLORENTIN.—MR. TALLEYRAND.

Alejandro se habia apeado en casa de Mr. de Talleyrand. Yo no asistí á los conciliabulos que pueden leerse en las relaciones del abate de Pradt y de otros que manejaban con sus asquerosas y pequeñas manos la suerte de uno de los mas grandes hombres de la historia, y el destino del mundo. Yo no figuraba, para nada en la política exterior á las masas, y no habia intrigante subalterno que no tuviese en las antecámaras mas derechos y mas favor que yo; hombre futuro de la restauracion posible, yo esperaba en la calle al pié de las ventanas.

Por las maquinaciones del palacio de la calle de Saint Florentin, el Senado conservador nombró un gobierno provisional compuesto del general Bournonville, del senador Jaucourt, del duque de Dalberg, del abate de Montesquieu y de Dupont de Nemours; el príncipe de Benevento se apoderó de la presidencia.

Encontrando este nombre por la vez primera, yo debia hablar del personaje que tomó en los negocios

de entonces una parte tan notable; pero reservo su retrato para el fin de mis *Memorias*.

La intriga que retuvo á Mr. de Talleyrand en París cuando la entrada de los aliados, fue la causa de su prosperidad al principio de la restauración. El emperador de Rusia lo conocía por haberlo visto en Tilsit. En la ausencia de las autoridades francesas Alejandro bajó al palacio del Infantado, que el conde se apresuró á ofrecerle.

Desde entonces pasó Mr. de Talleyrand por el arbitrio del mundo, y sus salones se hicieron el centro de las negociaciones. Componiendo el gobierno provisional á su gusto, colocó en él á los *partners* de su *wish*: el abate de Mostesquieu figuró en él únicamente como el reclamo de la legitimidad.

Las primeras obras de la restauración fueron confiadas á la infecundidad del obispo de Autun, que comunicó á aquella un germen de esterilidad y de muerte.

MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL.—CONSTITUCION PROPUESTA POR EL SENADO.

Los primeros actos del gobierno provisional, colocado bajo la dictadura de su presidente, fueron proclamas dirigidas á los soldados y al pueblo.

«Soldados, decian á los primeros: la Francia acaba de romper el yugo bajo el cual gemió con vosotros tantos años. Mirad todo lo que habeis sufrido de la tiranía. Soldados, ya es tiempo de acabar con los males de la patria. Vosotros sois sus mas nobles hijos, y no podeis pertenecer á aquel que la destruye, que ha querido hacer vuestro nombre odioso á todas las naciones, y que tal vez habria comprometido vuestra gloria si un hombre que *ni aun es francés*, pudiese debilitar jamás el honor de nuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.»

«Así, á los ojos de sus serviles esclavos, el que consiguió tantas victorias, no es *ya ni aun francés*. Cuando en tiempo de la Liga rindió Du Bourg la Bastilla á Enrique IV, rehusó despojarse de la banda negra y tomar el dinero que le ofrecían por la rendición de la plaza. Obligado á reconocer al rey, respondió:—«Que sin duda era un príncipe muy bueno, pero que él habia dado su fe á Mr. de Mayenne; que, por lo demás, Brisac era un traidor á quien combatiría entre cuatro picas, en presencia del rey, y le comería el corazón.» ¡Diferencia de tiempos y de hombres!

El 4 de abril apareció una nueva proclama del gobierno al pueblo francés:

«Al salir de vuestras discordias civiles, decia, elegisteis por jefe á un hombre que aparecía en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Sobre las ruinas de la anarquía no ha fundado mas que el despotismo, cuando al menos *por agradecimiento debia hacerse francés con nosotros; pero jamás lo ha sido*. No ha cesado de emprender sin objeto y sin motivo guerras injustas, como aventurero que quiere ser famoso. Tal vez sueña aun en planes gigantescos, aun cuando reveses inauditos castiguen con tanto estrépito el orgullo y el abuso de la victoria. No ha sabido reinar ni en el interés nacional, ni en el interés mismo de su despotismo; ha destruido todo lo que queria crear, y creado todo lo que queria destruir. Solo creía en la fuerza, y la fuerza le subyuga hoy en justo pago de una ambición insensata.»

Verdades incontestables, maldiciones merecidas; pero quién daba estas maldiciones? ¿Qué era mi pobre folletillo al lado de estas virulentas proclamas? ¿No desaparecía enteramente? El mismo dia, 4 de abril, el gobierno provisional proscribió los signos y los emblemas del gobierno imperial, y si hubiese existido el arco de triunfo, lo abrían derribado. Mailhes, que votó el primero la muerte de Luis XVI; Cambaceres, que saludó el primero á Napoleón con el nombre de emperador, reconocieron con solicitud los actos del gobierno provisional.

El Senado bosquejó el 6 una constitucion, que descansaba casi sobre las bases de la caria futura: el Senado era mantenido como cámara alta; la dignidad de los senadores era declarada inamovible y hereditaria, y á su título de mayorazgo se agregaba su dotación de senadores: la constitucion hacia estos títulos y mayorazgos transmisibles á los descendientes del poseedor.

La sordida desvergüenza de estos senadores, que en medio de la invasion de su patria no se pierden de vista un momento, choca aun en la inmensidad de los públicos sucesos.

¿No hubiera sido mas cómodo á los Borbones adoptar á su llegada el gobierno establecido, un Senado secreto y esclavo, una prensa encadenada? Reflexionando, se ve que esto era imposible: incorporándose las libertades naturales en ausencia del brazo que las encorbaba, hubieran vuelto á tomar su línea vertical bajo la debilidad de la compresión. Si los príncipes legítimos hubiesen licenciado el ejército de Bonaparte, como debieron hacerlo (y esta era la opinion de Bonaparte en Santa Elena), y si hubiesen conservado al mismo tiempo el gobierno imperial, hubiera sido romper demasiado el instrumento de la gloria, para no conservar mas que el instrumento de la tiranía: la Carta era el rescate de Luis XVIII.

LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS.—ABDICACION DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

El 12 de abril llegó el conde de Artois en cualidad de lugarteniente general del reino. Trescientos ó cuatrocientos hombres á caballo salieron á su encuentro, y yo iba en la comitiva. El conde encantaba por su buena gracia diferente de las maneras del imperio. Los franceses reconocían con placer en su persona sus antiguas costumbres, su antigua urbanidad y su antiguo lenguaje, y la multitud le rodeaba y oprimía: consoladora aparición de lo pasado, doble refugio contra el extranjero vencedor y contra Bonaparte amenazador todavía. ¡Ay! Este príncipe no volvía á poner el pie en el suelo francés sino para ver asesinar en él á su hijo y para volver á morir en esa tierra de destierro de donde venia: hay hombres á quienes la vida ha sido arrojada al cuello como una cadena. Fui presentado al hermano del rey, al cual habian hecho leer mi folleto, pues de otro modo no hubiera sabido mi nombre: ni se acordaba de haberme visto en la corte de Luis XVI, ni en el campamento de Thionville, ni jamás sin duda habia oído hablar de *El Genio del Cristianismo*: esto era muy sencillo. Cuando se ha sufrido mucho y largo tiempo, solo se acuerda uno de sí mismo, pues el infortunio personal es un compañero un poco frio, pero exigente, que no deja lugar á ningun otro pensamiento y se apodera de todo nuestro ser.

La víspera de la entrada del conde de Artois, despues de haber negociado inútilmente Napoleón con Alejandro por la mediación de Mr. de Caulaincourt, habia hecho conocer el acta de su abdicación:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus sucesores al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningun sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer por el interés de los franceses.»

A estas brillantes palabras no tardó el emperador en dar, con su vuelta, un mentis menos solemne;

solo necesitó para ello el tiempo de ir á la isla de Elba. Hasta el 20 de abril permaneció en Fontainebleau.

Llegado este dia, bajó Napoleón la escalera de dos tramos que conduce al peristilo del palacio desierto de la monarquía de los Capetos. Algunos granaderos, restos de los soldados vencedores de la Europa, se formaron en ala en el patio grande como en su último campo de batalla, rodeados de aquellos vetustos árboles compañeros mutilados de Francisco I y de Enrique IV. Bonaparte dirigió estas palabras á los últimos testigos de sus combates:

«Generales, oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia: me despido de vosotros: hace veinte años que estoy contento de vosotros, pues siempre os he encontrado en el camino de la gloria.

«Las potencias aliadas han armado toda la Europa contra mí: una parte del ejército ha hecho traición á sus deberes, y la Francia misma ha querido otros destinos.

«Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil por espacio de tres años; pero la Francia habria sido desgraciada, que era lo contrario al objeto que me he propuesto.

«¡Sed fieles al nuevo rey que la Francia se ha elegido, y no abandoneis nuestra querida patria, demasiado largo tiempo desdichada! ¡Amadla siempre, amad bien á esta querida patria!

«No compadezcáis mi suerte; yo siempre seré feliz cuando sepa que vosotros lo sois.

«Hubiera podido morir, y nada me habria sido mas fácil, pero yo seguiré sin cesar el camino del honor: aun tengo que escribir lo que nosotros hemos hecho.

«No puedo abrazaros á todos, pero abrazaré á vuestro general... Venid, general (y estrecha en sus brazos al general Petit). ¡Que me traigan el águila...! (y la besa) ¡Águila amada, que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes...! ¡Adios, hijos míos...! Mis votos os acompañaran siempre; conservad mi recuerdo.»

Dicho esto, Napoleón levantó su tienda que cubría al mundo.

ITINERARIO DE NAPOLEON Á LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte habia pedido á la alianza que le acompañasen unos comisionados á fin de ser protegido por ellos hasta la isia que los soberanos le concedían en toda propiedad y en herencia. El conde Schouwaloff fue nombrado por la Rusia; el general Kohler por el Austria, el coronel Camphell por la Inglaterra, y el conde Waldbourg-Truchsess por la Prusia; este último ha escrito el *Itinerario de Napoleón desde Fontainebleau á la isla de Elba*, folleto que, unido al del abate de Pradt sobre la embajada de Polonia, son los dos escritos que mas han afligido á Napoleón. Sin duda echaba de menos entonces el tiempo de su liberal censura, cuando hacia fusilar al pobre Palm, librero alemán, por haber repartido en Nuremberg el escrito de Mr. de Gentz, titulado *La Alemania en su profundo envilecimiento*. En la época de la publicación de este escrito todavía era Nuremberg una ciudad libre que no pertenecía á la Francia: ¿no debiera haber adivinado Palm esta conquista?

El conde de Waldbourg refiere primero muchas conversaciones que precedieron á la marcha en Fontainebleau, y cuenta que Bonaparte hacia los mayores elogios de lord Wellington, informándose de su carácter y de sus costumbres. Excusábase de no haber hecho la paz en Praga, en Dresde y en Francfort, conviniendo en que habia hecho mal, pero que entonces tenia otras miras:—«Yo no he sido usurpador, añadía, porque no he aceptado la corona si-

no en virtud del voto unánime de la nación, mientras que Luis XVIII la ha usurpado, no siendo llamado al trono sino por un Senado vil, entre cuyos miembros hay mas de diez que votaron la muerte de Luis XVI.»

El conde de Waldbourg prosigue así su relación: «El emperador se puso en marcha el 21 á medio dia, despues de haber tenido otra vez con el general Kohler una larga conversacion, cuyo resumen es este:—«¡Pues bien! Ya oisteis ayer mi discurso á la antigua guardia, discurso que os agradó y que visteis el efecto que produjo. Así es como debe hablarse y obrarse con ellos, y si Luis XVIII no sigue ese ejemplo, jamás hará nada del soldado francés.»

«Los gritos de ¡viva el emperador! cesaron desde que se separaron de nosotros las tropas francesas. En Moulins vimos las primeras escarapelas blancas, y los habitantes nos recibieron con las aclamaciones de *vivan los aliados*! El coronel Camphell tomó la delantera en Lyon para buscar en Tolon ó en Marsella una fragata inglesa que, según los deseos de Napoleón, pudiese conducirlo á su isla.

«En Lyon, por donde pasamos á las once de la noche, se reunieron algunos grupos que gritaron *viva Napoleón*! El 24 á medio dia nos encontramos al mariscal Augereau cerca de Valence. El emperador y el mariscal se apearon del coche: Napoleón se quitó el sombrero, y tendió los brazos á Augereau, que le abrazó, pero sin saludarlo:—«¿Dónde vas de ese modo? le dijo el emperador tomándole por un brazo; ¿vas á la corte?» Augereau respondió que por el momento iba á Lyon, y así marcharon cerca de un cuarto de hora juntos, siguiendo el camino de Valence. El emperador hizo al mariscal cargos por su conducta con respecto á él, y le dijo:—*Tu proclama es muy necia; ¿por qué esas injurias contra mí? Bastaba decir sencillamente: habiéndose pronunciado el voto de la nación en favor de un nuevo soberano, el deber del ejército es conformarse á él. ¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!* Augereau se puso entonces á tutear á Bonaparte, y le hizo á su vez amargas reconveniones sobre su insaciable ambición, á la cual lo habia sacrificado todo, aun la felicidad de la Francia entera. Cansando este discurso á Napoleón; se volvió bruscamente, abrazó al mariscal, se quitó otra vez el sombrero, y se metió en su coche.

«Augereau no movió su gorra de la cabeza, y solo cuando el emperador estuvo en el coche, le hizo un ademán despreciativo con la mano, diciéndole adios.

«El 25 llegamos á Orange, donde fuimos recibidos á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Luis XVIII!

«El mismo dia en el sitio en que debia mudarse de caballos, un poco antes de Avignon, encontramos mucho pueblo reunido que esperaba á Napoleón, y que nos acogía con gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los aliados! ¡abajo el tirano, el picaro!... Esta multitud vomitaba contra él mil invectivas.

«Hicimos cuanto era posible por cortar este escándalo y dividir la muchedumbre que asaltaba su coche; pero no pudimos obtener de aquellos furiosos que dejasen de insultar al hombre que, decían, los habia hecho desgraciados, y que no tenía mas deseo que el de aumentar aun su miseria.

«En todos los lugares que atravesamos fue recibido de la misma manera. En Orgon llegó á su colmo la rabia del pueblo: delante de la posada en que debia parar habian levantado una horea, de la cual estaba colgado un muñeco con uniforme francés, cubierto de sangre, y con una inscripción en el pecho, que decia: *Tal será, tarde ó temprano, la suerte del tirano*.

«El pueblo se encaramaba al coche de Napoleón y